

EL DILUVIO

Diario político, de avisos, noticias y decretos

EDICION de la TARDE

Redaccion: Escudellers Blancs, 3 bis, bajo. { Administracion: Plaza Real, núm 7, bajo.
Precios de suscripcion: Barcelona, 1'50 ptas. (plata) al mes. Fuera, Sid. trip. Extranj. 2' id.

Crónica diaria.

El mercado de San José.

Han empezado ya á cubrir el armazón de hierro de lo que ha de ser pescadería del mercado de la Boquería.

Por fin parece que vamos á tener un mercado decente dentro del casco antiguo y cerca á las Ramblas.

Estas construcciones transportables de hierro han permitido echar fuera todo aquel montón de barracas infectas y nidos de ratas que había en el toldo de fruta al por mayor y ahora permitirá que desaparezca aquel barracón que servía de dirección y repeso, y frente de éste aquel otro montón de para las anti-higiénicas y carcomidas que era una vergüenza para la estética general del mercado. Gracias á las nuevas disposiciones y á una consiliación de la Comisión de Hacienda, el mercado de San José va tomando nuevo aspecto y muy pronto podrá presentarse decentemente.

El edificio de la dirección y repeso será de planta nueva y la pescadería también de construcción firme, con todos los desagües, canalizaciones é instalaciones necesarias y convenientes á la higiene.

Ya era hora que pudiésemos hablar bien del mercado de San José.

Gacetilla.

A la una y media de esta madrugada un pobre guardia municipal se vió agredido por dos mujeres de vida airada en la calle de Roca, las cuales conducía al cuartelillo por faltar á la moral en medio de la calle. Tuvo que pedir auxilio al vigilante de dicha calle, y á pesar de esto sacó las manos heridas de la refriega.

Ya les pueden hasta las mujeres de vida airada á los súbditos de Mendiola.

Se impone resueltamente el desarme de la guardia.

A las nueve y media de esta mañana, en el correo, ha marchado de nuestra capital la banda municipal de Madrid.

Han sido cariñosamente despedidos en la estación por algunas autoridades y por el mayordomo del Ayuntamiento, señor Ribé.

Feliz viaje.

El doctor Font de Boter ha dado en el Museo Pedagógico Experimental una interesante conferencia dedicada á los maestros de las escuelas de esta capital para demostrar la imprescindible necesidad de cuidar, atender y desarrollar el lenguaje de los educandos, pues son muchos los defectos de que adolecen y muy graves las consecuencias que acarrea el abandono. Expuso de una manera clara y fácilmente comprensible lo que es la voz y la palabra y describió admirablemente los órganos que intervienen en su producción, el funcionamiento fonético de los pulmones, que son los que proporcionan el aire, y el de la laringe con toda su admirable complicación.

ción para producir los diferentes sonidos, los cuales, al pasar á los órganos de resonancia y articulación, quedan convertidos en la palabra ó canto, ó sea en la más bella expresión de nuestros sentimientos. Detalló cuanto al sonido se refiere, fijándose de una manera preferente en lo que representan la intensidad, el timbre y el tono por la intensa relación que estas modalidades tienen con la voz humana, y terminó la primera de las conferencias que ha dedicado á este interesante estudio de tanta importancia para los escritores anunciando que en la próxima tratará del lenguaje en la serie animal y especialmente en el hombre, en quien se convierte en articulado, y detallará los vicios y defectos que pueda padecer, para luego, en la última conferencia, indicar los medios que la ciencia aconseja para evitarlos ó corregirlos.

Los profesores y los alumnos que asistieron á dicha conferencia sellaron convencidos de su alta importancia pedagógica y felicitaron sinceramente al disertante por la altruista labor que se impuso y por las útiles y prácticas enseñanzas que de ella se desprenden, así como á la dirección del Museo Pedagógico Experimental por la perfección con que cumple su alta misión social.

Telegramas detenidos en la oficina de Telégrafos por no encontrar á sus destinatarios:

Ciudadela, Anglada, Hospital Santa Cruz; Alcov, B'ax Marí, restaurant Rhelo; Madrid, Joaquín Morales, Mallorca, 232, 1.º; Stokolno, Grosapiek; Sits, Saturnina López, Santa Clara, 17, Barceloneta; Madrid, viuda de Plá; Lisboa, Juan Comas; Lisboa, Pedro Masferré, San Francisco de Paula, 5; Madrid, José Erenas; Laubachberhessen, Ignacio Goupil, Valencia, 214; Miranda, Antonia Ferreras, calle Trafalgar; Medina del Campo, La Universal, Manuel Cavia; Lérida, Puigdemonges, Sepúlveda, número 166, 1.º; Nápoles, Laspada, Candelora.

La Unión del Ramo de Ebanistería, en reunión general de socios y no socios, ha acordado por unanimidad pedir mejoras para el oficio mediante las siguientes bases:

1.ª A partir de la fecha más abajo indicada, la jornada será la de ocho horas diarias de trabajo. 2.ª Aumento de salario en un 20 por 100. 3.ª Abolición del trabajo a destajo (ratificación). 4.ª Reglamentación de los aprendices al 10 por 100. 5.ª Abolición del suministro de herramientas por parte de los operarios. 6.ª Abolición de las fiestas no dominicales. 7.ª Las veladas hasta dos horas serán retribuidas en un 50 por 100 y las que se exceden al 100 por 100, el trabajo en domingo será retribuido al 100 por 100. 8.ª Queda prohibido velar hasta pasados dos meses de la fecha de la implantación oficial de la jornada de ocho horas. Barcelona 23 Octubre de 1911.

En la nueva entidad Arts ha comenzado don José M.ª de Sucre unas lecturas comentadas de Eugenio Carrière.

Los bellos conceptos escritos por el insigne Carrière sobre lo que debe ser el artista y sus obras, inspirados en actos de la vida y las bellezas que aterra, así como también los justos comentarios que en ellos puso el señor Sucre, fueron devotamente escuchados por el numeroso auditorio, compuesto en su mayoría de los alumnos de las clases de Arts, que con febril entusiasmo aplaudió al conferenciante y á las lecturas de la genial obra de Carrière.

Crónicas Aire libre.

FOOT-BALL.

El interés que despertó el primer encuentro entre los clubs Barcelona y San Sebastián del 29 próximo pasado, atrajo mayor número de espectadores, si cabe, al campo del Barcelona, a presenciar el segundo y último partido, entre los dos renombrados primeros *teams*, que tuvo lugar ayer tarde.

Antes de empazar el *match* era objeto de vivos comentarios la modificación introducida en el equipo del Barcelona en vista de las deficiencias observadas en el anterior, previendo casi unánimemente una probable derrota. Quedaron eliminados Quijante y Wallace II, pasando Rositzki á medio, Espelta al ala izquierda, Comamala á delantero centro y Pomés á extremo medio izquierda. Este continuo bailoteo de jugadores perjudica notablemente al *team* por no estar debidamente entrenados para ocupar sitios que no dominan. El San Sebastián se presentó en igual forma que el domingo anterior.

Con la puntualidad hija de este tiempo, en que la noche se echa encima, á las tres y media en punto Hodge, que actuaba de referee, dió la señal, tocando la salida al San Sebastián á favor de la pendiente, apoderándose el Barcelona del balón y en un soberbio avance llegó á la línea de defensa contraria; pero allí estaba Bereondo, que es un defensor de lo mejor que se ha visto por aquí, y de un monumental *shoot* mandó el cuero al terreno contrario. Pronto se vió que había por parte del Barcelona deseos de tomar la revancha y en el San Sebastián el levantado propósito de sostener su renombre, de modo que dando hierro con hierro no había más remedio que salir chispas. Estas fueron en forma de reprobables cargas y alguna zancadilla, por lo que el árbitro tuvo que imponer durante la tarde golpes libres, desapareciendo aquella nobleza que fué la característica del *match* anterior.

Hubo un momento curioso: aquel principio de física, que dos fuerzas iguales producen la inmovilidad de la materia, quedó demostrado durante breves instantes no viéndose el balón del círculo de salida, shotando, como é sabe, París y d volviéndose la pelota Echeverría. Con todo, á pesar de la lucha titánica que sostenía el Barcelona, á los siete minutos de haber empezado el *match* el San Sebastián se apuntó el primer *goal* á su favor.

Pocas veces se habrán visto los jugadores tan enardecidos como á partir desde aquel momento; movidos ambos bandos por sentimientos contrarios, aunque encaminados al propio fin, multiplicaron sus fuerzas de un modo desusado. El Barcelona se plantó diversas veces frente al marco contrario, pero no llegó á forzarlo. ¿Por qué? Averíguelo Vargas. Anechino, guardameta del San Sebastián, hizo hermosas piradas, siendo notable haber rechazado tres *corners* seguidos y tan mal in enconados que todos le caían en la línea del *goal*, por lo que no hallando el terreno libre para shotar lejos, apelaba al supremo recurso del *corner*.

Sin otro lance notable que haber salvado Rañé un lío de todos los diablos frente á su *goal*, fin lizó la primera parte. Poco antes Bru había sufrido una relajación muscular en una pierna, por lo que tuvo que suspenderse el partido breves instantes para aplicarle un confortable masaje que le puso en condiciones de continuar jugando.

A los diez minutos reglamentarios el árbitro sonó el silbato y se reanudó la lucha con igual ardor que á la primera parte; pero á los cinco minutos el San Sebastián cue la por segunda vez el balón dentro la red. ¡Adiós revancha! pensaron muchos; la noche se echó encima y dos *goals* de ventaja son muchos *goals*. Nuevamente el Barcelona logra ponerse frente al *goal*, pero no logra resultado positivo; unas veces el guardameta contrario rechaza el balón; otras, las más, van al *kick*. ¿Por qué? Averíguelo Vargas.

Como la lucha es muy enconada, el referee tiene que imponer golpes francos á ambos bandos por no tener las manos pegadas á lo largo del cuerpo, conforme previenen los cánones futbolísticos y alguna carguita de vez en cuando. El San Sebastián, dominando por completo á sus contrarios, logró armar otro lío frente al *goal* adversario, que salvó Rañé con un *corner* y éste por Bru. Volvió el San Sebastián á la carga y, con una caída de Rañé, por tercera vez durante la tarde el balón hizo oscilar la red del Barcelona. La noche iba cubriendo con su negro manto, como dicen las novelas cursis, el campo de juego y el color del balón se confundía con la madre tierra; faltaban seis minutos para terminar y un apreciable colega me recuerda un *match* en que en igual término se hicieron tres *goals*. Esto no se repite cada día y, en efecto, llegada la hora al árbitro dió por terminado el partido, que resultó, como dejo indicado, con tres *goals* contra cero á favor del San Sebastián. ¿Por qué? Averíguelo Vargas.

El Barcelona jugó como pocas veces; pero no le favoreció la suerte unas veces y en otras faltó inteligencia.

El San Sebastián, admirable por su rapidez, colocación y disciplina futbolística. Pocas veces presenciamos un *team* de tanta cohesión; no echen en saco roto el ejemplo los de aquí.

Comentario final: A raíz de haberse votado los últimos presupuestos del Almirantazgo inglés, que á tanta controversia di ron lugar, ya que se trataba de sostener el dominio sobre el mar que posee aquella fuerte potencia, leí en una revista de aquel país que, aunque es ley histórica que á una nación le ha de llegar su época de decadencia, debe compararse la gloria al ascenso de una montaña. Inglaterra, decía la revista inglesa, ha llegado á la cumbre y antes de descender debe procurar permanecer en ella el mayor tiempo posible.

Los colores y la comida

Según el doctor Goodar, el color del alimento es un factor mucho más importante de lo que se cree en lo referente al apetito y a la digestión.

"Primeramente—dice—realicé los experimentos con los animales. Un gato, por ejemplo, siente mucho la influencia del color de la comida. En uno de los experimentos puse ante el gato varios manjares de diferente color. El animal miró cada trozo cuidadosamente y por fin eligió el de color rojo. Los perros parece que no tienen el sentido visual tan fino como los gatos. En agradándoles el olor de la comida se comen todo cuanto se les pone.

Los ciegos no pueden valerse de este sentido visual para elegir los alimentos; pero, en cambio, parece que les gustan las comidas muy sazonadas y ciertos vegetales.

El doctor G. Norman Meachen, un especialista en materia de dietética y alimentación, ha expresado una opinión muy parecida a la de Mr. Goodar. Según él, al entrar en el restaurant los clientes su apetito experimenta

la influencia de los colores de los manjares.

Ciertos colores estimulan el apetito y la digestión y otros producen un efecto contrario. Los manjares teñidos de verde artificialmente parece que todos los rechazan. Las comidas blancas, como el pescado, son estimulantes del apetito.

Todavía hay otro médico que está conforme con la teoría de los dos doctores citados. "Personalmente—declara—he sentido algunas veces el estímulo de los colores en el apetito. Entro en un restaurant con pocas ganas de comer y pido beefsteack. Si me lo sirven de color rojizo ó chocolate oscuro, lo miro y en el acto siento hambre.

En mi opinión, el verde y el azul no producen apetito saludable, y muchas veces el sentarse á comer en un comedor empapelado de verde quita completamente las ganas de comer.

Quién sabe si estudiando el color de los alimentos podrán aumentar la clientela los dueños de hoteles y restaurants.

Ecós de la vida neoyorquina.

El coronel John Jacob Astor, jefe de la familia de millonarios de ese nombre, cuya fortuna alcanza unos ciento veinte millones, contrajo ha poco matrimonio con miss Madeleine Talmage Force, en Newport.

Ese enlace ha estado sujeto á muchas peripecias desde que se hizo público el compromiso de mister Astor con miss Force, porque ello dió lugar á muchos comentarios por parte de los pastores de la iglesia baptista, á cuya secta pertenece mister Astor, los cuales, basándose en que estaba divorciado de su esposa, siendo declarado culpable de infidelidad en la sentencia de divorcio que fué hallada en favor de su primera con-

sorte, se negaron á celebrar el nuevo matrimonio, denunciando en todos los tonos desde el púlpito el propósito de mister Astor de contraer segundas nupcias.

Mister Astor trató al principio de encontrar un pastor baptista más tolerante que sus compañeros, y llegó á encontrar uno dispuesto á celebrar la ceremonia; pero cansado de oírse denunciar en todos los tonos por los demás pastores de la secta, resolvió que lo casara un pastor de la secta congregacionalista.

Mister Astor reconoció á la novia un dote de cinco millones de dólares como regalo de boda.

Un órgano especial del tacto.

Mr. F. Fritz ha descubierto que los gatos tienen un órgano especial de sentido consistente en unos cuantos pelos largos y tiesos situados cerca del carpo de las patas anteriores, en una región de la piel abundantemente provista de nervios.

Estos órganos, llamados «vibrissas carpianas», se encuentran en muchos animales, incluso los roedores, carnívoros, lemuridos, etc. Están provistos de estos pelos princi-

palmente los animales que acostumbran á sujetar el alimento con las manos y entre los que trepan. En cambio, les faltan á los ungulados ó animales de pezuña, con excepción del damán ó nieba, como le llaman en Fernando Póo. También carecen de estos órganos los monos antropomorfos, los cuales poseen en los dedos y en las palmas de las manos órganos prensiles y del tacto mucho más delicados. El perro tampoco los tiene.

me pidió que no la hablara de ella y la maldijo de nuevo. Además, ¿qué derechos podría hacer valer Flora? Ella ha muerto civilmente y el descubrimiento de lo que ha hecho la llevaría nuevamente á la cárcel. Ahora que se lo he dicho todo —agregó el abogado—, comprenderá lo necesario que es sustraer á Mauro de las manos de aquella desventurada.

Lo que Giovanna había sufrido escuchando aquella revelación es indecible.

Pero entre las figuras innobles de Flora y de Arnaldo surgió espléndida la de Fabio.

¡Cuánta abnegación había en las acciones de éste!

¡Ah! Ella le había juzgado mal. Si en otros tiempos la había dejado, no era seguramente por culpa suya.

¡Era la fatalidad, que se había interpuesto entre ellos!

En la vida de Fabio había un secreto lúgubre y doloroso. Pero él era inocente.

Y había sido siempre para ella un amigo leal y sincero.

Giovanna fijó en el joven sus ojos, velados por las lágrimas, y dejando traducir en su acento toda la emoción que sentía exclamó:

—Le agradezco todo cuanto me ha dicho; su generosidad no se desmiente nunca. Hablaré yo misma á mi hermano, y si no consigo mi propósito usted me auxiliará. Pero al mismo tiempo exijo una promesa.

—Hable, señora, hable.

—Permítame ocuparme de Vivetta. Vendré con frecuencia á verla y ya que Dios no me ha dado hijos, seré la madre de esa huérfana.

La joven hablaba sonriendo, pero con voz trémula.

La frente de Fabio se oscureció.

El abogado pensaba que Vivetta era hija de Arnaldo.

¿Giovanna amaba, pues, tan locamente á su marido que después de perdonarle su falta quería convertirse en madre de su hija?

Su corazón latía afanosamente; no obstante, el joven dominó su emoción y respondió con acento conmovido:

—Vivetta la bendecirá, señora.

El señor Damiani se enjugaba los ojos.

—¡Qué ángel! ¡Qué ángel!

Cuando salió de aquella modesta casita, Giovanna tenía las mejillas llenas de lágrimas.

¡Qué rápidos, qué felices le habrían transcurrido los días allí, en compañía del hombre amado!

Entornó los ojos y reclinada dulcemente en los cojines del carruaje soñó por un instante que era la esposa de Fabio y que pasaba la vida al lado de él.

Una sacudida violenta del carruaje la volvió sobresaltada á la realidad.

Entonces su pensamiento corrió á su hermano, á Arnaldo y á Flora.

¿Así, la institutriz era una perversa criatura? ¿Qué daño la había causado Mauro para que le hiciese faltar á sus deberes?

¿Clemencia no se había mostrado siempre buena y generosa con ella y hasta la había llorado creyéndola muerta?

Si Arnaldo había sido el culpable, contra él únicamente debía dirigir su venganza, ¿Qué aguardaba? ¿Cuál era su objeto?

Todos estos pensamientos se atropellaban en la mente de Giovanna; pero la bastó murmurar el nombre de Fabio para desechar todas las ideas penosas para imaginarse á Mauro arrepentido á los pies de Clemencia y para ver el porvenir de ella misma despejado de nubes, sonrosado.

R.

Flora abandonó el teatro presa de una ira indescriptible.

¿Mauro, pues, estaba cansado de ella? ¿No le amaba ya?

¡Ella que creyó robarlo á Clemencia para siempre, tuvo que sufrir el infernal suplicio de verle á su lado tranquilo y feliz!

Flora se estremeció de pies á cabeza y rechinó los dientes. Tenía el rostro descompuesto, lívido. ¡Ah! ¡Malito, maldito el día en que se le ocurrió ir á Turín para vengar á su madre!

En vez de lograr su intento, había hallado el deshonor, la infamia; se había precipitado en un abismo.

Pero la culpa había sido suya. ¿Estaba loca hasta el punto de contentarse con una vana promesa? ¿La esperanza de casarse con Arnaldo la había alucinado hasta el punto de comprometerse á cerrar la boca, á guardar un secreto que revelado enseguida le habría dado el triunfo?

El conde de Alseno, para evitar el escándalo habría obligado, á su hijo á casarse con ella, á restituirle el honor.

En otro caso, su denuncia siempre habría sido el castigo de Arnaldo máxime cuando ella conservaba aun las huellas de la lucha sostenida con el miserable para defenderse.

Pero ¿qué ganaba ya con desesperarse? ¿No era mejor vengarse? ¿Había perdido á Mauro porque éste fuese al teatro con su esposa? ¿No le había dicho él el día anterior que no amaba á nadie más que á ella?

Cuando llegó á su casa, Flora estaba ya más tranquila.

Enseguida se desnudó y se metió en el lecho; pero no podía dormir. Cansada de dar vueltas en la cama, iba á levantarse cuando la puerta de la alcoba se abrió y madama Peila anunció al príncipe Fernando.

Flora no le esperaba aquella noche; él la había dicho que no iría.

La joven se repuso enseguida de la sorpresa que la causaba la inesperada visita é incorporándose en el lecho dijo con voz que quería aparecer alegre.

—¡Que entre enseguida, que entre!

El príncipe Fernando entró; estaba serio y tenía el rostro contraído.

—No me aguardaba esta noche, Emma—dijo sentándose en una butaca, después de estrechar la mano á Flora—, y realmente yo tampoco creía que la vería.

—En efecto, y ha sido una casualidad el que me haya retirado tan pronto. Fuí al Regio; pero no estuve allí mucho tiempo; tenía una jaqueca horrible.

—¿Se le ha pasado ya?

—No.

—Siento, entonces, molestarla.

—Usted no me molesta nunca, Fernando.

Flora pronunció estas palabras con voz tierna; pero el príncipe permaneció frío.

—¿Por qué, entonces, algunos días, á determinadas horas, me dice *mada* ma Pella que usted no está en casa, cuando á mí me consta que sí está?

Flora se turbó.

—Le han engañado, príncipe—repuso.

Fernando sacudió la cabeza en sentido negativo y, reprimiendo la irritación que se apoderaba de él, dijo secamente:

—Yo la dejé en libertad de recibir á mis amigos y á quien usted quisiese, seguro de que usted no abusaría de mi condescendencia, lleno de confianza en su lealtad. Pero comprendo que he sido demasiado ingenuo.

—¡Príncipe!—exclamó en tono ofendido Flora.

—¡Oh! ¡No se encolerice!—gritó el príncipe palidísimo y poniéndose en pie—. Respóndame enseguida. ¿No es cierto que tiene un amante que viene en esas horas en que usted no recibe á nadie, ni aun á mí, que tendría el derecho de entrar sin pediría permiso?

Flora, para ocultar su emoción prorrumpió en una carcajada.

—¿Un amante? ¿Y usted ha creído esta mentira?

—Lo ha confesado él mismo.

Flora rechinó los dientes.

—Pero, ¿quién?—balbuceó.

—El marqués Mauro de Protti.

—¡No, no puede ser cierto, no lo es!—exclamó Flora con las mejillas encendidas.

El príncipe Fernando la asió por un brazo.

—Diga que ese hombre ha mentado y yo le abofetearé en pleno Círculo.

En vez de responder, Flora rompió en llanto.

—¡Usted misma se condena!—exclamó el príncipe—. ¡Y pensar que mi confianza en usted era inmensa! Todas son iguales: ¡venales, embusteras, infames!

Flora continuaba llorando, mordiendo nerviosamente la cubierta del lecho. No sentía las ofensas del príncipe; pensaba sólo en lo que éste le había dicho de Mauro.

—¿Se jacta de ser mi amante? ¿Es posible?

Estas dos preguntas resonaban sombríamente en su cerebro.

El príncipe prosiguió con aire despreciativo:

—Si fuese mi esposa, pediría á aquel joven explicación de su insulto y usted misma no lo pasaría muy bien. Pero por usted no quiero ponerme en ridículo ni tener cuestiones con un joven que ha sido fatalmente atraído por sus coqueterías. Unicamente la deseo que ese hombre la haga más feliz que yo.

Estas últimas palabras volvieron á Flora á la realidad y la hicieron lanzar un grito:

—Príncipe, ¿me deja?

Ella le dirigió una terrible mirada.

—¿Qué quisiera usted que hiciera? Sepa que yo no sé fingir, como usted. La he amado mucho, pero no la amo ya; su conducta nos separa para siempre. ¡Oh! No tema, no la quitaré cuanto la he dado; esta quinta, con cuanto contiene, es suyo. Mas no espere volverme á ver, ni que yo quiera que le sea infiel á su nuevo amante; esto lo dejo al cuidado de otros.

Flora, que estaba roja de vergüenza y de cólera, no pudo encontrar palabras con que responder á aquellas brutales y merecidas frases.

El príncipe salió de la alcoba sin que la joven hiciese un gesto que pudiera parecer una excusa ó una súplica.

Ella antes habría muerto.

Cuando ya no llegó á sus oídos el rumor de los pasos del príncipe, Flora se tendió en el lecho, vertiendo lágrimas de rabia.

No, no sentía perder el protector; lo que no podía soportar era la idea de que lo ocurrido se debía á Mauro, el cual se había burlado de ella.

Flora creía morir de dolor; fué presa de palpitaciones horribles, de dolorosos vértigos.

Cuando desechaba un pensamiento era atormentada por otro; cuando resolvía una duda acudían á su mente otras ciento más difíciles.

Aquella lucha duró toda la noche. Por último, á la mañana, rendida, aniquilada, inerte, se durmió.

Se despertó á medio día y se encontró más tranquila.

Madama Peila estaba en la alcoba.

—¿Ha venido alguien á preguntar por mí?—dijo Flora.

—No, querida; pero yo estaba muy inquieta. Como no acostumbrás á levantarte tan tarde... Creí que te encontrabas enferma...

La joven se encogió de hombros, no dignándose responder.

Madama Peila continuó:

—El príncipe no se ha quedado aquí esta noche. ¿Está enfadado? Sería un mal negocio.

Flora le dirigió una furiosa mirada.

—¡No me importunes más!—dijo con voz tonante—. ¡Vete!

Madama Peila comprendió que lo mejor que podía hacer era esperar que

la joven se tranquilizase, y salió de la estancia murmurando frases ininteligibles.

—Me desembarazaré también de él—decía entretanto Flora con indefinible expresión de ira.

La cólera volvió á apoderarse de ella.

Ansiaba ver á Mauro. Temblaba á la idea de que el joven aquel día faltase á la cita.

—Iría por él á su palacio; le arrancaría hasta de los brazos de su esposa—exclamó Flora con vibrante acento.

La ex institutriz estaba pallidísima; pero sus ojos brillaban aún más en medio del círculo amoratado que los rodeaba.

Las horas transcurrieron con una lentitud desesperante.

Mauro no compareció ni envió ninguna misiva excusándose.

Devorada por la impaciencia, Flora salió en carruaje á las cuatro de la tarde y pasó tres ó cuatro veces por la calle donde el joven habitaba. No le vió.

¿Mauro, pues, la había engañado? ¡No la amaba, no la había amado nunca! Pero, más hipócrita que Arnaldo, había usado otras armas, otros procedimientos para conseguirla.

Una profunda arruga surcó la frente de Flora.

La ex institutriz apretó los labios para contener una maldición que iba á escapar de su boca.

Y lloró.

Durante cuatro días aguardó en vano á Mauro.

Ya había formado un plan para ver al joven, cuando éste se presentó á ella.

Si Flora se turbó al verle, él también estaba conmovido.

Mauro tendió la mano á la cortesana; pero ésta le echó los brazos al cuello y le besó febrilmente.

—¡Cuánto me has hecho sufrir!—balbuceaba—. Pero ahora que estás aquí, te justificarás y lo olvidaré todo.

Le condujo á su salita oriental, le hizo sentar en un sofá y se puso á contemplarle con ternura.

Mauro volvió la cabeza contrariado y confuso.

—¿No me dices nada?—exclamó Flora con acento suplicante—. ¿No quieres explicarme el motivo de tu ausencia? ¿Crees que voy á hacerte cargos porque el príncipe me haya dejado por tu causa?

Mauro palideció.

—¿El príncipe te ha dejado?—dijo con voz descompuesta.

—¿No lo sabías? Y, sin embargo, tú mismo le has presentado la ocasión de hacerlo. ¿No has dicho en el círculo que eras mi amante?

—¿Yo?

—¡Oh! No te lo repruebo; al contrario, te lo agradezco. Me pesaba ocultar mi felicidad; habría querido decir yo misma á todos que te amaba,

que para mí tú solo existías sobre la tierra... Ahora podremos vernos libremente, sin embarazos, no dejarnos ya.

Sus ojos, fijos en su amante, pudieron notar las impresiones de terror, de angustia, que en él se sucedían.

El rostro de Flora se ensombreció.

—¿Qué tienes?—le preguntó inquieta.

El no tuvo ya piedad y con voz dulcísima respondió:

—Escúchame, Flora, y no me prives del valor que debo tener en este momento. Te juro que nunca he hablado de tí; pero varias veces noté que era espiado cuando venía á verte. Quizás era el mismo príncipe quien, amante y celoso, te hacía vigilar. Hemos sido demasiado imprudentes.

—Yo no me quejo—interrumpió precipitadamente Flora—; para mí no hay nada fuera de tí.

—Y yo quisiera hacerte feliz á costa de toda mi felicidad; pero otros sagrados deberes me lo impiden.

Las mejillas de la joven se inflamaron y sus ojos expresaron un terror indescriptible.

—No he entendido bien. ¿Qué quieres decir?—interrumpió con súbita violencia.

—Yo no soy libre; lo sabes.

—¿Lo eras quizás el día en que me dijiste que me amabas? ¿Lo has olvidado?

—¡No!—respondió Mauro con voz baja, pero firme—. He sido culpable; pero recuerda en qué circunstancias caíste en mis brazos. Yo no pude resistir tu pasión; no sabía si soñaba ó si pensaba; tu recuerdo me perseguía en todas partes, produciéndome embriagueces infinitas, angustias espantosas. A tu lado no tenía fuerzas para resistir y daba rienda suelta á mi pasión. Luego, lejos de tí, tenía horror de mi debilidad y sentía remordimientos por engañar á una esposa buena y tierna como la mía, por abusar de la confianza de mi padre, por deshonrarlo.

Flora se mordía los labios.

—¿Y no engañaba yo al príncipe por tí?—dijo.

No había acabado de pronunciar esta frase cuando ya la deploraba.

Sin embargo, Mauro no hizo caso de ella; miró á la joven con tristeza y prosiguió:

—Ambos hemos obrado mal; pero podemos poner remedio. El príncipe no ha de abandonarte completamente por una ligera sospecha. Yo estoy obligado á dejarte porque continuando nuestras relaciones no sacrificaría solamente á mi esposa, sino á mi hijo. ¡Soy padre!

Mauro levantó la cabeza con un movimiento de orgullo, de alegría, mientras el estupor, la angustia, la desesperación, se reflejaban sucesivamente en el rostro de la cortesana,

—¿Y crees que esto puede bastar para separarnos?—prorrumpió agitada—. ¡No, no me dejarás! ¿Qué me importa á mí tu esposa y tu hijo? Tú eres

mío, no de ellos; fué Clemencia la que te robó á mí, no yo á ella. Mauro mírame, ¿no ves cuánto sufro? Yo nunca te he causado mal; ¿por qué quieres hacérmelo tú? Ten piedad de mí; no me sacrifiques. Te amo como ninguna mujer te amará... Nosotros estamos unidos para siempre.

Flora apoyó sus manos en las rodillas del joven, murmurando:

—¡No me dejes, yo te amo, te amo!

Mauro permaneció tranquilo, resuelto.

—Es imposible—respondió con firmeza—; es preciso que te lo diga todo. Mi hermana no ignora que soy tu amante y sabe quién eres.

Flora se irguió con los ojos centelleantes de ira.

—¿Se lo has dicho tú?

—No; ni tampoco Arnaldo, con el cual vive en perpetuo disgusto. Giovanna no quiso decirme quién se lo había revelado; pero me amenazó con enterar de todo á mi padre y me mostró de tal modo mi culpa, que yo la prometí renunciar á verte. Con esta condición guardará el secreto.

Flora lanzó un grito de rabia.

—Que hable; ¿qué me importa? Yo no la temo. ¿Y te conmueven las lágrimas de tu hermana, mientras que permaneces insensible á las mías? No, yo no merezco tanto desprecio; tú no me abandonarás. ¡Que vengan aquí tu esposa, tu hermana y tu padre á arrancarte de mis brazos!

Obstinada, frenética, abrazó al joven con pasión.

Mauro se desasíó de ella y levantándose exclamó con grave acento:

—Si me amases no obrarías así; mirarías más por mi tranquilidad, por mi honor. ¿Crees que si yo me quedase aquí no nos separarían? Y quizás tú serías conducida á la cárcel por usurpación de estado civil; yo sería objeto de burlas y de habladurías. Más vale que nos separemos en buena amistad.

—No; vete y reflexiona. Si dentro de una semana vuelves, yo olvidaré esta semana de martirio y tendrás en mí una esclava sumisa y obediente. Si no vuelves... ¡ay de tí y de los tuyos!... Recuerda que Flora no perdona. No me digas nada más, no quiero oír nada; vete, te repito.

Flora abrió la puerta y recorrió el portier para que el joven saliese.

Mauro la miró unos segundos y después dijo dulcemente:

—¿No quieres darme la mano?

—No.

—Entonces, adiós.

—No adiós, sino hasta la vista, porque te volveré á ver aunque tuviera que arrancarte de los brazos de tu esposa.

Cuando Mauro salió de la estancia, Flora se dejó caer en el sofá y horribles sollozos desgarraron su pecho y gritos roncós inarticulados escaparon de su boca.

Aquella crisis violenta duró cerca de una hora. Comenzaba la joven á reponerse, cuando llamaron á la puerta.

—¡No quiero ver á nadie!—gritó Flora.

La puerta de la salita se abrió y compareció madama Pella.

—Como se trata del conde Arnaldo de Alseno...—dijo la vieja.

Al escuchar este nombre, Flora se incorporó como impulsada por un resorte y sus ojos se animaron.

—¿Ei? ¿Ei?—exclamó.

Y dirigiéndose á madama Pella añadió con voz concentrada:

—Hazle pasar aquí y dile que aguarde, que vengo enseguida.

Y vacilante, febril, Flora desapareció por otra puerta que ponía en comunicación con su alcoba.

El hambre de sal.

¿Por qué comemos sal? A esta pregunta contesta de un modo nuevo M. Dastre, profesor de Fisiología en la Universidad de la Sorbona. Según él, la Humanidad echa sal en los alimentos, no porque codimentados así resulten más apetitosos, sino obedeciendo, inconscientemente, á un impulso irreflexivo.

“La mayoría de los actos fisiológicos—dice M. Dastre en reciente discurso leído ante la Academia de Ciencias de París—son inconscientes. Determinalos la ley del placer ó la ley del dolor, ó bien la tiranía de las costumbres de nuestros antepasados. La alimentación del hombre se halla regulada por motivos de esa clase. Así, comemos lo que nos gusta, á menos que sea lo que gustó á nuestros lejanos antecesores en el planeta. Estas reflexiones se aplican al uso de la sal.

Sabido es, en efecto, que el organismo experimenta una verdadera necesidad de sal. La atracción que sentimos hacia esa sustancia indispensable llega á convertirse en un mandato tiránico, irresistible, tratándose de individuos sometidos durante algún tiempo á un régimen vegetal.

El «hambre de sal» ha sido, desde tiempos remotísimos, uno de los motores de la actividad humana. Por satisfacer esa necesidad haase mostrado los hombres industriosos ó feroces. Espoleados por el aguijón de la sal, véase á los salvajes idear una química rudimentaria encaminada á extraer la preciosa sustancia del lodo existente en el fondo de las ciénagas. Los pueblos pastores emprendían guerra sin cuartel contra los pueblos que habitaban en las inmediaciones de las salinas, y á este propósito habla el historiador Tácito de ciertas tribus germánicas disputándose constantemente, con las armas en la mano, la posesión de los manantiales salados.

Entre las poblaciones agrícolas y vegetarianas que viven lejos del mar, en el interior de los continentes, la avidez con que se busca la sal llega á tener los caracteres de locura.

Por ejemplo, los negros de Sierra Leona ofrecen á los extranjeros todo lo que poseen, á veces hasta sus mujeres é hijos, por un puñado de sal.

Y no se crea que es sólo el hombre quien muestra semejante apetito por la sal; lo mismo ocurre entre los animales. Los renos de Laponia, así como los ciervos y corzos, en todas las latitudes, gustan de lamer la superficie de las charcas salobres y las eflorescencias salinas. Los herbívoros silvestres llevan á cabo anualmente viajes larguísimo para llegar al sitio donde existen fuentes saladas ó yacimientos salinos. En las cernicacas montañosas acostumbran los pastores á echar puñados de sal á las cabras, carneros y ovejas, siendo tanta la avidez con que consume el ganado dicha sustancia, que en ocasiones llega á desgastar con la lengua la roca sobre la cual cae la sal.

Todo esto demuestra—añade el doctor Dastre—que si consumimos sal es porque el organismo nos lo pide imperiosamente, obedeciendo á una ley biológica ineludible. Ocurre, sin embargo, que en casi toda Europa se ingiere por gusto más cantidad de sal de la que se necesita. El consumo medio es de unos 17 gramos por día y por habitante. En realidad, bastaría con 10 gramos. Pero no hay que preocuparse en disminuir la ración. Tan admirablemente dispuesto se halla nuestro organismo que por mucha sal que se ingiera no aumenta la proporción existente en la sangre. Todo lo que se introduce en exceso, y que pudiera elevar la proporción á más de un 8 por 100, cifra máxima de salinización de la sangre, es eliminado con la orina. Los riñones se encargan de realizar esa operación salvadora. Sin ese equilibrio portentoso, sin la constante presión osmótica de la sangre, los glóbulos quedarían rápidamente aniquilados por desecación ó por disgregación.

Una lección.

En la señorial, opulenta y comercial ciudad de Génova el conde de R... había heredado de su padre una inmensa fortuna en dinero efectivo y en hermosos palacios.

Amante de la vida activa, de carácter vivo, de genio emprendedor y, por lo tanto, ene-

migo del ocio ó del vicio, cualidades casi siempre inherentes á las pingües fortunas heredadas, se lanzó á arriesgadas empresas.

Al principio la fortuna pareció sonreírle y los numerosos amigos que tenía se disputaban el honor de recibirle y de obsequiarle

á cuerpo de rey. Con igual espléndido correspondía el conde.

Pero la ciega diosa se cansó pronto y, casi desdeñosa, le volvió la espalda.

El capital del conde quedó en poco tiempo reducido á una mínima expresión y los buenos amigos de antes, á imitación de la fortuna, le volvieron la espalda. No sólo no le llevaban ya á las opíparas mesas, sino que le negaban hasta el más simple saludo. El acaudalado conde de ayer ya no existía para ellos; no quedaba de él en Génova más que un ente de figura parecida á la del conde, que no era él, porque no gastaba frac, usaba chaqueta de pana.

Reducido á este estado, resolvió el conde abandonar el patrio suelo, para emplear, en tierra extraña, todas aquellas energías heredadas, dispuesto á morir si no lograba vencer á la adversidad.

Lleno su espíritu de tan noble aliento, no desdeñó los trabajos más humildes que se le presentaron, siempre que fuesen decentes y lucrativos. La economía había sido la compañera de su vida. Asoció á la constancia y poco á poco, no solamente logró rehacer su antigua fortuna, sino que la superó de un modo increíble.

Entonces resolvió el conde R., volver al patrio suelo, con objeto de que, cuando su última hora sonase, sus huesos pudiesen descansar con honra al lado de los de sus mayores.

Llegado á Génova, sin bombos ni alardes, se instaló en un buen hotel y poco á poco trató de adquirir todos los palacios que le había dejado su padre, lo que consiguió en parte, reemplazando los que no pudo recuperar con otros de mayor valor y mérito.

Un día uno de sus antiguos amigos, el marqués de B., el primero que le había abandonado en los días de adversidad, informado por sus colegas del regreso del conde y de las numerosas compras que había efectuado, las cuales daban una idea de su sólida riqueza, se arriesgó á disponer una comida en su honor.

Al efecto le escribió una delicada misiva. El conde aceptó la invitación que en ella le hacía el marqués y, á la hora que le indicaba, el conde R., era anunciado al señor marqués de B., á cuyo lado se encontraban reunidos todos aquellos falsos amigos de antaño, que lo recibieron con tan vivas demostraciones de alegría que rayaban en lo grotesco.

El conde, con la sonrisa en los labios, hecho un tipo de elegancia, saludó cortésmente á todos, teniendo para cada uno una frase cariñosa y lisonjera en contestación á las felicitaciones de que era objeto.

Llegada la hora de sentarse á la mesa, el conde ocupó su puesto á la derecha del anfitrión. La conversación seguía alegre y animada, como sucede en tales casos que no eran óbice para aliojarla las cucharadas de sopa que los comensales comenzaron á llevarse á la boca. No hizo otro tanto el conde R., que, en vez de llevarse á la boca las cucharadas de sopa, las vertía, con mucho cuidado, ya sobre su hombro derecho, ya sobre el izquierdo, haciendo que rodase sobre el frac que vestía.

Los comensales se miraron los unos á los otros con verdadero asombro, cuchicheando estas palabras:

—¡Se ha vuelto loco!

El conde, que lo había notado, se puso entonces en pie y les habló de esta manera:

—Señores: Mientras fui rico, muchas veces comimos juntos y nos honramos mutuamente con nuestras visitas y francos saludos. Por un capricho cruel de la suerte, y no por mis despilfarros, quedé reducido á la pobreza, y las puertas de vuestros palacios se cerraron para mí; vuestras manos no se movieron nunca más para tocar las mías, ni siquiera para saludarme desde lejos. Hui entonces de mi patria, buscando en otras regiones lo que la desgracia me había arrebatado. He vuelto rico.

He vuelto á ponerme el frac, que tuve necesidad de cambiar por la chaqueta del proletario, por la blusa honrosa del obrero, y vosotros, al verme otra vez tan bien vestido como en los primeros tiempos, os habéis dado prisa en abrir vuestras puertas para ver de nuevo mi frac en vuestros salones. Lo he traído al banquete que el señor marqués de B. ha dispuesto en mi honor. El frac ha sido el invitado; á él le he dado la comida, que el cuerpo que lo lleva no la ha menester.

Inclinó ligeramente la cabeza, dejando á aquellos falsos amigos llenos de estapor, mirándose los unos á los otros, sin ánimo de contestar, ni de continuar el alegre comenzado festín, tan dura pareciéndoles la lección que acababa de darles el conde.

ANTONIO BIGGI.

Un gran filántropo:

El doctor D. K. Pearson, el anciano millonario de Illinois (Estados Unidos), ha donado toda su fortuna á varios colegios, Universidades é instituciones de caridad de Illinois, su país.

Consta esta fortuna de siete millones de pesos, y toda ella, menos un pequeño remanente que conservará para sus pequeños

gastos, ha sido distribuida por el doctor Pearson, el cual se dispone á entrar en uno de los asilos de que es fundador, próximo á terminarse.

En él terminará sus días este hombre laborioso y sencillo que ha cruzado la vida haciendo el bien y muriendo como un anónimo ciudadano.

Noticia de los fallecidos los días 29 y 30 de Octubre de 1911.

Casados 8	Viudos 8	Solteros 10	Niños 5	Abortos 1	Nacidos	Varones 10
Casadas 8	Viudas 5	Solteras 9	Niñas 5			Hembras 15

Servicio telegráfico y telefónico

de nuestros corresponsales.

Madrid, provincias y extranjero.

Mitin y manifestación.---Diligencias.

Madrid, 1.º Noviembre.

Quevas.—Celebróse un mitin, convocado por los concejales, para acordar la creación de una Junta de defensa de intereses locales. Pronunciáronse discursos contra el alcalde. A la salida celebróse una manifestación.

Bilbao.—Adelantan las diligencias que instruye el Juzgado de Balmaseda contra dos oradores que hablaron en un mitin de conjunción republicana celebrado en Arboleda.

EXTRANJERO

Servicio especial de la AGENCIA HAVAS.

El cólera:---Nuevo cardenal.

Paris, 2 (2'50).

Según el mismo despacho, el cólera sigue aumentando, habiendo en la actualidad más de cien italianos atacados.

Comunican de Roma que en el próximo Consistorio será creado cardenal el actual arzobispo de Sevilla.

Combate interminable.—Turquía envalentonada.

Berlin, 2 (2'52).

Comunican de Djerba al *Berliner Tageblatt* que el combate que comenzó en Trípoli el viernes no ha cesado todavía.

Constantinopla, 2 (5).

El Consejo de ministros, en vista del éxito obtenido por los turcos en Trípoli, ha decidido continuar la guerra.

La cuestión chileno-peruana.

Santiago de Chile, 2 (2'46).

Los periódicos rechazan las insinuaciones que hace *La Prensa*, periódico argentino, hablando de una mediación de la Argentina y el Brasil para solucionar la cuestión entre Chile y Perú. La *Prensa* chilena se felicita de que *The Times* reconozca los derechos y la razón que asiste á Chile y la falta que cometió el Perú manteniendo en suspenso la cuestión de las provincias Tacna y Arica.

ULTIMOS PARTES.

La «Gaceta».

Madrid, 2 Noviembre (10 mañana).

La *Gaceta* publica:

Real orden disponiendo queden redactados en nueva forma los artículos que se mencionan del reglamento para el reconocimiento de las embarcaciones mercantes.

Real orden aprobando la propuesta de premios y recompensas hecha por el Jurado de la Exposición Nacional de Arte Decorativo é Industrias Artísticas.

Anunciando varias vacantes de Registros de la Propiedad, ninguno de ellos de Cataluña.

Protesta en puerta.

El señor Luca de Tena, director de *A B C*, convoca á una reunión á todos los directores de periódicos de Madrid para hacer una protesta contra la campaña que hace la Prensa extranjera con motivo de los sucesos de Valencia.

Nuevo cardenal.—Montero Ríos á Madrid.

Dicen de Roma que se anuncia oficialmente que en el Consistorio del 27 de Noviembre será creado cardenal el arzobispo de Sevilla, señor Almaraz.

El presidente del Senado, señor Montero Ríos, ha escrito anunciando que del 10 al 15 regresará á Madrid.

La huelga de Epila.

Zaragoza.—En Epila reinó tranquilidad durante todo el día de ayer. A primera hora acudieron al trabajo buen número de obreros, que no fueron admitidos por continuar el edificio en clausura.

Esta noche llegaron los vocales del Consejo de la Azucarera y mañana se reunirán para tomar acuerdos, cuyo resultado esperan impacientes obreros y agricultores.

El conflicto es gravísimo y de mucha mayor trascendencia que los problemas obreros del verano y ofrece caracteres de más aguda crisis, pues afecta á la entraña de la riqueza nacional.

Frente á la fábrica de Epila están acumulados en los muelles cien vagones de remolacha y muchos carros, que esperan la orden de descarga.

Comisiones de cultivadores se han presentado al alcalde de Epila y al teniente coronel de la guardia civil para exponerles la necesidad urgente de reanudar la recepción de las primeras materias.

Han solicitado autorización los labradores para celebrar una manifestación y una asamblea; pero el gobernador no la autoriza hasta conocer el resultado de la reunión del Consejo de la Azucarera.

Ha venido de Epila el teniente coronel de la guardia civil para conferenciar con el gobernador.

En libertad.—Prácticas sanitarias.

Valencia.—Han sido puestos en libertad provisional 17 detenidos en Cullera con motivo de la huelga revolucionaria.

Ha sido sometido á prácticas sanitarias el vapor *Tunlana*, procedente de Palermo. No hay novedad á bordo.

Felicitaciones.—Comentarios.

El general Echagüe continúa recibiendo visitas y homenajes de adhesión de los Círculos políticos, científicos y económicos, de Sociedades independientes y de la mayoría de los pueblos de la provincia, que le han ofrecido testimonio de respeto.

Ha recibido también telegramas del Sporting Club de Bilbao y de la Prensa de Málaga.

Los periódicos publican el dictamen de los médicos y las personas enteradas extraoficialmente de cómo se ha practicado el reconocimiento comentan algunas declaraciones contenidas en este documento. La que más llama la atención es la de uno de los reconocidos, que presenta en la cabeza una herida superficial.